

JOHN FITZGERALD KENNEDY: UN RÍO MAJESTUOSO Y NUESTRO (1917-2017)¹

**Enrique San Miguel Pérez
Universidad Rey Juan Carlos**

Resumen: Más de medio siglo después de su asesinato, la figura del presidente John Fitzgerald Kennedy sigue emanando un aura de fascianción. Su presidencia y su muerte marcaron la Historia de los Estados Unidos, siendo el suceso determinante de la misma hasta el 11-S-.

Palabras clave: JFK, Kennedy, Dallas, Estados Unidos, siglo XX.

Abstract: More than half a century after his assassination, the figure of President John Fitzgerald Kennedy continues to emanate an aura of fascination. Its presidency and its death marked the History of the United States, being the determining event until 9/11.

Key Words: JFK, Kennedy, Dallas, United States of America, 20th century.

¹ Artículo elaborado dentro del proyecto PEJD-2016-HUM-3097.

Revista Aequitas, número 9, 2017

ISSN 2174-9493

1. Silencioso en la mañana radiante

El 25 de noviembre de 1963, un frío y luminoso día de otoño, Washington, capital de los Estados Unidos de América, amaneció como verdadera capital política y moral del mundo. Conmocionada, abrumada por la tristeza y por el dolor; pero decidida a rendirle el último testimonio de adhesión a su inquilino más universal: un joven bostoniano de ascendencia irlandesa llamado John Fitzgerald Kennedy, trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América, asesinado a tiros en Dallas, Texas, apenas setenta y dos horas antes, cuando contaba cuarenta y seis años de edad.

Las honras fúnebres, de nuevo por un presidente en el ejercicio de sus funciones tras las celebradas por Franklin Delano Roosevelt la primavera de 1945, y las segundas en menos de veinte años, cobraban esta vez una dimensión diferente: del homenaje al estadista enfermo que había conducido a la nación hasta el umbral de la victoria en la peor contienda de la historia se transitaba hacia el testimonio de auténtico dolor por el joven presidente, su todavía más joven viuda, Jacqueline, de apenas treinta y siete años, y sus dos pequeños hijos, Caroline y John. La familia presidencial más joven de la historia, en consonancia con la década joven por excelencia. La década de la explosión demográfica. La década de la vida en el siglo de la muerte.

Toda la conmoción de la jornada se resumiría en el saludo militar del pequeño John, con menos de tres años, ante el armón que conducía los restos mortales de su padre. Inolvidables resultan las imágenes de la familia Kennedy, del fiscal general, Robert, del senador Edward, de la matriarca del clan, Rose Fitzgerald. Del caballo que acompañaba a los restos del comandante en jefe asesinado en el ejercicio de sus responsabilidades constitucionales.

Pero impresionantes son también las imágenes de los primeros mandatarios del mundo caminando tras el féretro. La historia del siglo XX desfilaba por Washington con Charles de Gaulle, presidente de Francia, avanzando con la misma viveza con la que recorrió los Campos Eliseos parisinos el histórico 24 de agosto de 1944; o con Eamon de Valera, presidente irlandés, que esa noche entregaba en la Casa Blanca a Jackie y a Robert Kennedy una carta de Sinead, su esposa, que contenía el poema de Gerald Griffin que apenas unos meses antes, en junio de 1963, le había recitado al presidente Kennedy en su histórica visita a Irlanda, y que el siempre brillante Jack retuvo en su prodigiosa memoria, enunciándolo con regularidad, hasta el día de su muerte. Después, el viejo y majestuoso "león de Irlanda" y el joven e implacable fiscal general de los Estados Unidos se derrumbaron llorando fundidos en un abrazo¹.

Bajo la *pax americana*, el mundo se había hecho tan pequeño como el antiguo bajo el sistema imperial romano. Schlesinger recordaba a Schumpeter en su consideración de que, al igual que le sucedía a Roma, como cualquier imperio, Estados Unidos sentía estar siempre en peligro, porque cuando no lo era la Unión directamente, eran sus aliados

¹ MANCHESTER, W.: *Muerte de un presidente*. Madrid. 1994, vol. II, p. 319: "¡Es, es la corriente luminosa del Shannon,/ que brilla luminosa, brilla luminosa!/ ¡Ve, ve el rayo de luz incandescente/ que danza sobre sus aguas!/ Al retorno de un vano viaje/ de años de exilio, de años de sufrimiento/ para ver de nuevo la paz del viejo Shannon,/ ¡oh, la fascinadora beatitud!/ ¡Salud, río majestuoso y nuestro/ que fluyes y fluyes sin cesar/ silencioso en la mañana radiante,/ río majestuoso y nuestro!/ ¡Abre de par en par/ tus pétreos portales/ occidental océano, occidental océano!/ Y vosotras, colinas, inclinad/ vuestras vertientes/ en solemne y profunda devoción/ mientras las brisas se alzan,/ sobre esta ondulante superficie/ navega la mitad/ de la riqueza de Éire./ Salud, río amado y nuestro/ que fluyes y fluyes sin cesar/ silencioso en la mañana radiante,/ río majestuoso y nuestro". *Vid.* igualmente FERRITER, D.: *Judging Dev. A reassessment of the life and legacy of Eamon de Valera*. Dublin. 2007, p. 241.

quienes se encontraban amenazados. Y, en caso contrario, aliados o enemigos eran inventados. No existe sistema imperial sin amenaza, real o ficticia. Pero Schlesinger recordaba también la cautela con la que John Kennedy, un jurista que conocía la historia, estudiaba las fórmulas constitucionales que le permitieran resolver un asunto aparentemente tan sencillo y "doméstico" como la primacía de la legislación federal sobre los derechos civiles en los Estados de Alabama y Mississippi, cuyos gobernadores, ese mismo año de 1963, se oponían a las directrices presidenciales². En 1963, los históricos obstáculos a la refundación del mundo conforme al horizonte ético del derecho no se habían desvanecido. Pero, en 1963, la magnitud y transversalidad de las fuerzas democráticas movilizadas a favor de esa refundación de un nuevo mundo posible era más amplia y genuina que nunca.

El líder del movimiento por los Derechos Civiles, y el orador de la gigantesca "marcha sobre Washington" del 28 de agosto de 1963, el reverendo Martín Luther King Jr., habría de componer un bellissimo elogio fúnebre de su tardío, pero verdadero, amigo Jack Kennedy. Pero, sobre todo, recordar la capacidad política y personal de un servidor público, de un hombre, de todo servidor público y de todo hombre, para hacer frente a sus obligaciones morales, a despecho de cualquier consideración táctica, partidaria o de interés personal. El joven presidente no era un sentimental que sucumbiera fácilmente a la expresión de sus sentimientos, sino un político que conocía la dinámica de los procesos sociales y, por lo tanto, la necesidad de entender el cambio.

Martin Luther King admiraba su capacidad para conjugar el sentido del compromiso, el sentido de la historia, y la inteligencia para enfrentarse a sus no menos históricas responsabilidades. También, Martín Luther King habría de recordar hasta qué punto el asesinato de

² SCHLESINGER, A. M. Jr.: *The Imperial Presidency*. London. 1974, pp. 184 y ss.

John Kennedy, "no mató únicamente a un hombre, sino todo un complejo de ilusiones". "Jesús -decía Martín Luther King- había ya advertido que cuando hagamos a la más pequeña de las criaturas se lo estaremos haciendo también a Él. Y, por eso, el primer deber que le imponía la trágica muerte de Kennedy a todos los seres humanos era su obligación de derrotar al odio, a la violencia y a la intolerancia"³.

Uno de esos hombres que había empeñado su existencia en ese mismo combate contra el odio, la violencia y la intolerancia, y que como consecuencia habría de perder la vida trágicamente, asesinado como John Kennedy y Martín Luther King (en 1968) por la barbarie totalitaria (en 1978), se enfrentaba el 12 de diciembre de 1963, exactamente veinte días después del asesinato del presidente Kennedy, a una histórica encrucijada. Se llamaba Aldo Moro, tenía 47 años, y estaba presentando al Parlamento italiano un programa de gobierno compartido por un ejecutivo bipartito que, por primera vez en la historia de Italia, sustentaban democristianos y socialistas con el objetivo último de ampliar la base representativa del sistema político⁴, y profundizar la vocación social de una institucionalidad democrática que, por inspiración de Giorgio La Pira, definía a Italia como "una república democrática fundamentada en el trabajo".

La democracia no deja nunca de trabajar. Sorensen cuenta también que, cuando llegó a la Casa Blanca la confirmación de que el presidente había muerto, no se produjo el caos, ni se suscitó un sentimiento de desesperación, o de pánico, o de rabia. Únicamente una profunda sensación de desamparo, de soledad, de vulnerabilidad frente a la violencia y la crueldad sin límites. Que él mismo no era capaz de pensar en el futuro, ni siquiera en su futuro, abrumado por el horror de lo sucedido, como si fuera parte de un drama en cuyo guion, por primera

³ LUTHER KING, M. Jr.: *The Autobiography*. Edited by Clayborne Carson. London. 2000, pp. 235-238.

⁴ MORO, A.: *La democrazia incompiuta. Attori e questioni della politica italiana. 1943-1978*. Roma. 1999, p. 56.

vez en mucho tiempo, no había escrito ni, en absoluto, intervenido. Pero el mundo continuó, Y la democracia trajo, una vez más, grandes líderes consigo⁵.

2. Quería que todos se enteraran de que no tenía miedo

El joven que agradaba tanto al gran Adenauer, y que era católico como él, aunque, según los siempre bien documentados informes del canciller alemán, era Robert, el fiscal general, más devoto que su hermano mayor, se encontraba viviendo sentimientos encontrados a lo largo del año. Entre otros motivos, por el disgusto que le suscitaba la tendencia de su venerado amigo y canciller a no reconocer la intensidad de su compromiso con Alemania. Jackie Kennedy, apenas semanas después el asesinato de su marido, habría de recordar cuánto sufría el presidente la insistencia del canciller alemán, pero cómo admiraba también la determinación política y personal de que hacía gala a pesar de su edad avanzada, y muy especialmente para la época:

"...había una cosa que lo irritaba sobremanera y que solía decir: '¿Qué tiene uno que hacer para mostrar a los alemanes que se preocupa?'. Que defenderíamos Berlín. Y entonces -parecía la última cosita que podía pasar- un coronel dejó caer su sombrero en una autobahn y eso haría que Adenauer se pusiera furibundo de nuevo y empezaría a decir que nos íbamos a retirar y el embajador aquí, Grewe, iría corriendo. Y Jack realmente se irritaba con los alemanes. Y recuerdo después de la crisis de los misiles, que fue mucho después, se irritó tanto con De Gaulle porque.... ¿qué dijo De Gaulle? Que, dado que nos apresuramos a ocuparnos de Cuba, eso mostró que sólo

⁵ SORENSEN, T.: *Counselor. A Life at the Edge of History*. New York. 2008, p. 362.

nos interesaban las cosas más cercanas a nuestras cosas y no las de allí. Bueno, cuando lo piensas, no fue hasta después de su visita a Berlín en junio de 1963 cuando finalmente lo convenció. Y a partir de entonces estuvo muy contento”⁶.

Su indiscutible éxito en la gestión de la crisis de los misiles cubanos de octubre de 1962 le había impulsado a unos niveles de popularidad sin precedentes en su presidencia, y sus posibilidades electorales en 1964 eran más sólidas que nunca. Pero la escalada bélica en el Sudeste asiático, y la paulatina implicación de los Estados Unidos en un conflicto cada vez más encarnizado, le generaba enorme incomodidad. El idealismo de la "Nueva Frontera" no había contemplado guerras distantes, desiguales, de más que dudosa necesidad estratégica, y todavía más difícilmente explicables a los ciudadanos americanos. Guerras, además, contrarias a las más profundas convicciones de jóvenes líderes profundamente creyentes que habían resuelto admirablemente la crisis nuclear de 1962 partiendo, básicamente, del imperativo moral de no acudir a la guerra.

Personalmente, 1963, su último año de vida, sería también el año del tercer y último embarazo de la Primera Dama, el nacimiento de su tercer hijo, Patrick Kennedy Bouvier, y su casi inmediato fallecimiento. Hacía muchos años que no había niños de corta edad en la Casa Blanca, y no digamos que un presidente era padre en el ejercicio de sus funciones. Pero que además perdiera a su hijo tan prematuramente constituía un hecho todavía más excepcional. La entereza y la sencillez con la que la joven pareja, y toda la familia, aceptaron la dolorosísima noticia, constituyó un auténtico ejemplo para toda la nación. Y las

⁶ KENNEDY, J.: *Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*. Entrevistas con Arthur M. Schlesinger Jr. en 1964. Introducción y Notas de Michael Beschloss. Madrid. 2010, pp. 251-252.

declaraciones de padres y familiares, un ejercicio de reflexión cristiana que, medio siglo después, resulta todavía conmovedor.

En 1963 el presidente, como recomienda la célebre canción irlandesa, había aprendido a "contar sus bendiciones": "tengo una bonita casa, la oficina está cerca, y la paga es buena"⁷. Un Kennedy más reflexivo y maduro que el invencible y un tanto arrogante joven que tomó posesión de la magistratura presidencial en el frío del 20 de enero de 1961 se presentaba ante sus conciudadanos, ese otoño de 1963, en un oficioso comienzo de la campaña por la reelección. Reflexivo y maduro, pero también más serio, más grave y experimentado. Más presidente que nunca.

John Kennedy decía siempre que había que dedicar el primer mandato a obtener la reelección, y el segundo a los verdaderos objetivos de la presidencia. Y que la reelección presidencial era una prioridad se puso de manifiesto cuando, para los últimos días de noviembre del año, se programó una gira del presidente y la primera dama por un Estado tan electoralmente clave como políticamente difícil: Texas, estado sudista y de frontera, de personalidad política compleja, muy vinculado a los históricos demócratas del sur, los *dixiecrats*, pero también muy hostil a algunas de las iniciativas presidenciales, y muy poco conforme con la estrategia de aproximación a las minorías seguida por Kennedy y su equipo de liberales de Nueva Inglaterra. Resulta muy llamativo que, apenas unos meses después del magnicidio de Dallas, apareciera un breve y bello libro póstumo de John Fitzgerald Kennedy, *A nation of immigrants*, en donde procedía a un análisis de las grandes corrientes de migración a los Estados Unidos, y sobre todo se centraba en su contribución a la construcción y a la grandeza de la Unión⁸.

⁷ DALLEK, R.: *John F. Kennedy. An Unfinished Life. 1917-1963*. London. 1963, p. 633.

⁸ KENNEDY, J. F.: *A nation of immigrants*. Introduction by Robert F. Kennedy. London. 1964, pp. 64 y ss.

La propia nominación de un senador texano, Lyndon Baines Johnson, como candidato a la vicepresidencia en 1960, había obedecido a la necesidad de asegurar un Estado fundamental para derrotar a Nixon, un cálculo que, a despecho de la oposición de figuras como el mismísimo Robert Kennedy, se reveló exacto. Un Johnson, por cierto, tan adaptado a la magistratura vicepresidencial, y tan avasallado por los acontecimientos, que el 22 de noviembre de 1963, y durante horas, apenas sería capaz de reparar en que se había convertido en el trigésimo sexto presidente de los Estados Unidos⁹.

La situación en Texas, como en los restantes Estados de la antigua Confederación, exactamente un siglo después de la emancipación de los esclavos por el presidente Lincoln, y apenas semanas después de la gigantesca demostración de la Marcha sobre Washington de la Asociación de Defensa de los Derechos Civiles, era más que problemática para la candidatura de Kennedy en 1964. Adicionalmente, la propia situación interna del Partido Demócrata en el Estado de la estrella solitaria, enfrentados Johnson y el gobernador

⁹ MANCHESTER, W.: *Muerte de un presidente...*, volumen I, p. 269: "En 1963, cuando el tiempo de alarma ante un ataque de proyectiles nucleares de la Unión Soviética había quedado reducido a menos de un cuarto de hora, era intolerable que se produjera un vacío presidencial. No debía producirse solución de continuidad y el hecho de que existiera debe atribuirse a las personas, no a la ley del país. El asesinato más brutal de la historia americana parecía ser el principal suceso de aquel viernes. Arrolló a todo el mundo, y la nación, aturdida, quería conocer la identidad del asesino. Ninguno de los periodistas reunidos en la conferencia de Prensa se acordó de preguntar el nombre de la persona que, en aquel momento, ocupaba ya el cargo más importante del mundo. Pero había una respuesta. La Presidencia, como un corazón inmortal, nunca se detiene. América tenía un nuevo Jefe del Poder Ejecutivo. Su nombre era Lyndon Baines Johnson, y aunque ni siquiera él mismo se había dado cuenta de ello, lo cierto es que llevaba en ese cargo más de una hora". *Vid.* igualmente WOODS, R. B.: *LBJ. Architect of American Ambition*. Harvard. 2007, pp. 433, y LENTZ, T.: *L'assassinat de John F. Kennedy. Histoire d'un mystère d'État*. Paris. 2010, pp. 101 y ss.

Connally, quien no ocultaba sus aspiraciones presidenciales de futuro, es decir, sus aspiraciones frente al propio Johnson, obligaba a Kennedy a realizar una visita tan necesaria política y partidariamente como pacificadora institucionalmente.

La primera jornada de la visita, el 21 de noviembre, vino a demostrar que la capacidad de liderazgo del presidente bostoniano permanecía intacta. La acogida de las multitudes fue entusiasta, el tiempo grato, la actitud de los militantes y dirigentes demócratas devota, por no decir entregada. Pero restaba la etapa más difícil del viaje: Dallas, bastión de la oposición más frontal a la presidencia Kennedy, en donde en los días previos se habrían distribuido fotos del presidente en donde el característico "se busca" y las fotos frontales y laterales de los delincuentes, le adjudicaba la "traición", como motivación para su persecución por la ley. Sin embargo, desde que el *Air Force One* aterrizó en el aeropuerto Love Field, el entusiasmo acompañó, de nuevo, al cortejo presidencial, que en compañía del gobernador Connally y su esposa recorrió en una gigantesca limusina descubierta el centro de la gran capital petrolera. Don DeLillo ha reconstruido literariamente esos primeros instantes en Dallas de los Kennedy en *Libra*, una novela imprescindible para comprender qué sucedió, y por qué el espíritu atormentado del príncipe Hamlet continúa habitando en la conciencia estadounidense medio siglo después de los apenas seis segundos que cambiaron la historia democrática para siempre:

"Después de los apretones de manos y los saludos de rigor, Jack Kennedy se apartó del personal de seguridad, esquivó varios charcos y se aproximó a la cerca. Extendió una mano hacia el gentío, que se abalanzó... Jack se desplazó a lo largo de la cerca, apuesto y bronceado, esbozando su famosa sonrisa hacia el muro de caras boquiabiertas. Se parecía a sí mismo, como en las fotos; un timonel de dientes blancos y brillantes que bizquea a

*causa del resplandor del mar. Apenas había indicio de la hinchazón que a veces afectaba su rostro, hinchazón debida a la cortisona que le aplicaban para combatir el mal de Addison, un aparato ortopédico en la espalda para la degeneración de los discos vertebrales. Se lanzaron sobre la cerca y le rodearon innumerables personas y manos. La blanca sonrisa se amplió. Quería que todos se enteraran de que no tenía miedo"*¹⁰.

De hecho, las últimas palabras que John Kennedy escuchó con vida se las dirigió un Connally exultante que se volvió hacia él en medio de los vítores y le dijo: "señor presidente, realmente no puede usted

¹⁰ DELILLO, D.: *Libra*. Barcelona. 2006, pp. 417-419: "El Lincoln era de color azul marino, un destello iridiscente de pavo real, y en los parachoques delanteros ondeaban la bandera norteamericana y el estandarte presidencial. Delante viajaban dos agentes del servicio secreto, en los traspuntines iban el gobernador Connally y su esposa, y los Kennedy ocupaban el asiento trasero. El Lincoln salió detrás de un coche de vigilancia sin identificar y de cinco motos conducidas por policías municipales de casco blanco típicamente inexpresivos...

Espectadores rezagados, con cara de valientes, que saludaban, en medio de esos espacios lúgubres. Y un hombre en pie, solitario, a la vera del camino, que esgrimía un ejemplar del *Morning News* abierto por la página que había asombrado a todo el mundo: *Bienvenido a Dallas, señor Kennedy*. Se trataba de un anuncio insertado por un grupo llamado Comité Norteamericano de Comprobación de Datos. Quejas, acusaciones, fantasías patriotas... en realidad, no tenía nada de extraordinario, ni siquiera su publicación en un periódico de primera, si exceptuamos el hecho de que el texto llevaba un reborde negro. Amablemente agorero. Jack Kennedy había visto antes el anuncio, y ahora que el centro de Dallas, flanqueado por torres, apareció en la distancia, se volvió y comentó en voz baja con Jacqueline: ' Estamos a punto de entrar en el país de los chalados '".

decir que el pueblo de Dallas no le haya dado una bonita bienvenida"¹¹. Después, comenzaron las detonaciones. Tres según las investigaciones de la Comisión presidida por el presidente del Tribunal Supremo, el juez Earl Warren, que emitió su célebre informe en 1964. En las conclusiones del documento, listo y publicado apenas diez meses después del magnicidio de Dallas, imprescindible para la comprensión del contexto histórico del magnicidio, pero también de su conversión en un mero escenario de trabajo para una investigación rígida y formalista, se apuesta por la existencia de un único tirador, Lee Harvey Oswald, antiguo residente en la Unión Soviética, militante marxista-leninista y simpatizante castrista, quien habría realizado tres disparos a considerable distancia en seis segundos con un fusil Mannlicher-Carcano. Es decir: se descartaba más de tres disparos y, por lo tanto, un segundo tirador, es decir, una conspiración para asesinar al presidente.

Es más: la Comisión Warren se sintió capaz de ajustar su "conclusión" a veinte líneas en donde se afirmaría que, entre los "muchos factores" que influyeron en Lee Harvey Oswald para perpetrar el asesinato del presidente de los Estados Unidos, se incluía que "se encontraba permanentemente descontento con el mundo que le rodeaba", así como que "buscaba para sí mismo un lugar en la historia"¹². Según la nueva investigación que se abrió durante la presidencia Carter, en 1979, se concluyó que, "probablemente", se habían producido más de tres disparos, lo que haría imposible su comisión por la misma persona en únicamente seis segundos.

Jim Garrison, que como fiscal de Nueva Orleans abrió el único juicio penal celebrado en los Estados Unidos por conspiración para el asesinato del presidente con resultado de muerte contra Clay Shaw, un

¹¹ SCHLESINGER, A. M. Jr.: *A Thousand Days. John F. Kennedy in the White House*. New York. 2005, p. 356.

¹² *Report of the Warren Commission on the Assassination of President Kennedy*. New York-London-Toronto. 1964, p. 399.

hombre de negocios de la histórica ciudad de Luisiana, con resultado de libre absolución por ausencia de pruebas, un hecho que habría de ser llevado al cine por Oliver Stone en 1992 en la película *JFK*, mantendría que el asesinato de Kennedy mostraría el sentido dinámico de la historia, pero también propiciaría la maduración de todo un pueblo al conocimiento de las corrientes profundas de la vida política e institucional y las relaciones de poder:

"La historia está llena de veredictos cambiantes. Hace veinte años la mayoría de los estadounidenses aceptó sin más la aseveración del Gobierno acerca de que el asesinato había sido un acto de violencia casual. Un joven solitario, con la mente impregnada de ideas marxistas, aparentemente frustrado por su incapacidad para hacer nada correctamente, se agazapó en la ventana de un almacén y, en seis segundos, mediante una acción propia de un tirador de primera, acabó con el presidente de Estados Unidos".

Cuando se anunció tal explicación, poco después del asesinato, el país quedó profundamente conmovido. Habíamos perdido de pronto a un dirigente realmente especial, cuyas virtudes personales -frescura, juventud, humor, estilo, inteligencia, calidez- nos hacían sentir a todos que algo se renovaba en la presidencia. Todo el país lloró al ver por la televisión nacional las poco familiares imágenes de Lyndon Johnson jurando como presidente, el solemne funeral, el dolor de la familia del presidente fallecido o las imágenes de Oswald asesinado por Jack Ruby en el sótano de la comisaría de policía de Dallas. Tristes y escandalizados, los estadounidenses esperaban una respuesta. Y tuvieron una. La policía de Dallas cerró el caso casi de inmediato, al declarar convicto de asesinato a Lee Harvey Oswald sin juicio alguno. El FBI estuvo de acuerdo, y prácticamente cerró el caso en cuestión de semanas...

Pero el tiempo ha anulado la explicación oficial que la mayoría de los norteamericanos creyó en un principio. Había demasiadas contradicciones, demasiados testigos, demasiados fotógrafos y películas en la escena, demasiados escépticos. Con el tiempo, fueron localizados testigos a quienes previamente nadie prestó atención; fueron considerados falsos informes sobre la investigación del asesinato; se supo que otras pruebas habían sido alteradas o destruidas"¹³.

3. Sacrificar la risa presente por la gloria futura

Medio siglo después, la zozobra persiste. La mala conciencia acompaña a una sociedad estadounidense que se reprocha, y no sin razón, su incapacidad para esclarecer las circunstancias en las que fue asesinado un presidente en plenos y brillantes años 60', en el esplendor de la cultura audiovisual, de los medios de comunicación de masas, de las fotos, las filmaciones, los medios forenses, los recursos públicos destinados a la investigación y el esclarecimiento de los hechos. Y, sin

¹³ GARRISON, J.: *JFK*. Barcelona. 1996, pp. 14-15 y 19-20: "Inmediatamente después del asesinato, el Gobierno federal y la mayoría de los medios de comunicación adoptaron la postura de dos avestruces gigantes, cada una inflexible en su posición, cada una con la cabeza profundamente enterrada en la arena. Una vez ratificada la teoría del asesino solitario, rechazaron reconocer hechos que la contradecían...

No resulta muy difícil imaginar cuál fue su dilema. Para el Gobierno y para la mayoría de los medios de comunicación, reconocer lo que prácticamente todos sabían (que Kennedy fue tiroteado con varias armas) pondría fin a la sagrada pretensión de que el asesinato del presidente se debió a una casualidad. Reconocer que hubo una conspiración conduce inevitablemente a preguntarse por qué ocurrió tal cosa. Ello obligaría a reconocer que, dentro del Gobierno, existía una poderosa oposición a los intentos del presidente Kennedy de poner fin a la Guerra Fría. También se hubiera hecho público su deseo de retirada del Vietnam, por ejemplo. Por lo tanto, hubiera quedado desvelado el papel de aquellos que nos lanzaron a nueve años de guerra en Vietnam".

embargo, como si de una nueva Conspiración de Catilina se tratara, como si un Salustio colectivo se ocupara de no desentrañar sus verdaderas circunstancias, probablemente para no señalar al implicado principal en el supuesto romano, seguramente el mismísimo Julio César, de nuevo la historia se oscureció y se cerró para que la verdad no llegara a conocerse. Seguramente, nunca. Es decir, parafraseando al príncipe de Salina (y, por lo tanto, de Lampedusa) el "nunca" de los seres humanos: cien o doscientos años.

David Talbot describió esa histórica mala conciencia en un libro que en su versión inglesa original se llamaba *Brothers*, y que en España recibió la muy explícita traducción de *La conspiración*. Tras una vasta investigación que comienza el 22 de noviembre de 1963, el periodista explicaba el modo en que el propio fiscal general de los Estados Unidos, Robert Kennedy, decidió conocer los hechos acaecidos en Dallas desde el mismo instante en que Edgard Hoover le informó, con enorme aspereza telefónica, en primer lugar del atentado, y después de la definitiva materialización del asesinato¹⁴. Ese empeño de Robert Kennedy, asesinado también en Los Ángeles, y en plenas primarias demócratas, el 5 de junio de 1968, quedó inconcluso con su muerte trágica, muchas veces presentida. Pero es un empeño que conserva también toda su vigencia.

¹⁴ TALBOT, D.: *La conspiración*. Barcelona. 2008, p. 62: "El cuerpo de John F. Kennedy apenas acababa de ser enterrado cuando su administración empezó a ser envuelta en los brumosos mitos de Camelot. Años más tarde, estos mitos serían destrozados por la leyenda opuesta, la de un monarca decadente, un dirigente poseído por un frenesí sexual, dependiente de las medicinas, y cuyo temerario comportamiento personal puso a su nación en peligro. Ninguna de estas versiones transmite la verdad esencial del mandato de Kennedy. La gran cantidad de publicaciones que tratan de los años de Kennedy, memorias sentimentales, disertaciones revisionistas y textos estándar, no han sabido captar el profundo tumulto que existía en el corazón de la administración. El gobierno Kennedy estaba en guerra consigo mismo".

John Kennedy conocía la incidencia de los sentimientos más profundos en el comportamiento humano. También, se diría que muy especialmente, en el comportamiento de los grandes estadistas. Esos sentimientos muchas veces ocultos, por latentes, podían llegar a transformar la vida de los pueblos. Pero había aprendido que había que conocer esos sentimientos para alcanzar acuerdos, y muy singularmente con los adversarios más porfiados y correosos. Uno de ellos era Charles de Gaulle, que en enero de 1963 había vetado el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común alegando su privilegiada relación con los Estados Unidos, lo que según el presidente francés determinaba la caída de la organización "bajo el dominio y la dirección de Norteamérica". El presidente De Gaulle era un personaje que fascinaba a su homólogo estadounidense, a pesar del trato despiadado que le había deparado a su entrañable amigo Harold Macmillan. Y Jackie Kennedy recordaría el realismo y la lucidez con los que Kennedy se refería a un hombre cuyos rencores eran parte esencial de su perspectiva política:

"Solía hablarme de De Gaulle de forma muy realista. Aquel hombre estaba consumido por los rencores y solía explicar que no había olvidado el mínimo detalle de la última guerra mundial y casi hasta que no entráramos antes en la Primera Guerra Mundial... Nunca se puso furioso como lo hizo con los alemanes o con ninguno. Pero parece que le producía mucho desagrado alguien tan lleno de rencor. Recuerdo que le preguntó, en París -y estaba muy interesado-, con quién se llevaba mejor, con Churchill o con Roosevelt. Y De Gaulle dijo: 'Con Churchill siempre estaba en desacuerdo, pero siempre alcanzábamos un acuerdo. Con Roosevelt estaba siempre de acuerdo pero nunca llegábamos a un

acuerdo', o algún otro encantador juego de palabras francés..."¹⁵.

John Kennedy, sin embargo, admiraba sobre todas las cosas a los hombres de valor y de coraje. Tenía la firme convicción de que la esperanza y el cambio pertenecían a las personas capaces de obrar en conciencia, con fidelidad a sus propios criterios, con perfecta independencia de cualquier forma de comodidad o de interés, con plena fidelidad al pensamiento libre. Un pensamiento libre que representa siempre el mayor de los temores para las concepciones autoritarias y totalitarias de la vida y de la historia:

"Sería más cómodo continuar moviéndonos y votando en pelotones, uniéndonos a cualesquiera de nuestros colegas que se hallen igualmente aferrados a alguna modalidad corriente, algún prejuicio rabioso o alguna tendencia popular. Pero hoy en día esta nación no puede tolerar el lujo de semejantes hábitos políticos ociosos. Únicamente la fuerza y el progreso y el cambio pacífico que proceden del juicio independiente y de las ideas individuales -y aun de lo heterodoxo y lo excéntrico- pueden capacitarnos para superar esa ideología foránea que teme al libre pensar más de lo que teme a las bombas de hidrógeno"¹⁶.

¹⁵ KENNEDY, J.: *Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy...*, pp. 302-303.

¹⁶ KENNEDY, J. F.: *Perfiles de coraje*. Buenos Aires. 1957, pp. 30-31: "...en los días por venir, solamente los muy valerosos serán capaces de adoptar las decisiones difíciles e impopulares necesarias para nuestra sobrevivencia en la lucha con un enemigo poderoso, un enemigo con dirigentes que no necesitan prestar mayor atención a la popularidad de sus procederés, que no necesitan rendir mayor tributo a la opinión pública que ellos mismos manejan, y que pueden forzar a sus ciudadanos, sin temor a represalias en los comicios, a que

Un espíritu rebelde, uno de esos hombres que, como decía Albert Camus en *El hombre rebelde*, cuando dicen "no" están también planteando un "sí", que no niegan para destruir, sino para construir, fue asesinado el 22 de noviembre de 1963. En la penúltima de las cartas que su amigo John Kenneth Galbraith le dirigió desde Nueva Delhi, como embajador en la India, el 5 de marzo de 1963, comentando el estilo de oposición republicano en el ámbito de la política exterior, y la propia actuación del presidente, el después premio Nobel de Economía animaba a John Kennedy a, siguiendo el pensamiento de Tucídides, no mostrar nunca temor, y muy especialmente temor a sus oponentes ¹⁷. Y Kennedy vivió y murió como un hombre sin miedo.

Ted Sorensen abre las páginas finales del bellissimo libro que le dedicó a Kennedy tras su muerte recordando que nunca tuvo el menor temor o premonición acerca de su muerte. Y ellos a pesar de haber perdido en trágicos accidentes, en plena juventud, a un hermano y a una hermana. Su propio padre, Joseph Kennedy I, el gran patriarca del clan, recordaba que había estado cuatro veces en la cabecera de su lecho de muerte; en las cuatro, Jack había recibido la extremaunción; en las cuatro, padre e hijo se habían despedido; en las cuatro, el moribundo habría regresado a la vida.

Y, con el mismo énfasis militante con el que John Fitzgerald Kennedy no temía a la muerte, entendía que la existencia humana era un regalo maravilloso y efímero. Y, por lo tanto, no se podía

sacrifiquen la risa presente por la gloria futura. Y solamente los muy valerosos serán capaces de mantener vivo el espíritu del individualismo y disidencia que dieron nacimiento a esta nación, la nutrieron como a un niño y la llevaron a través de sus severas experiencias hasta alcanzar su madurez".

¹⁷ GALBRAITH, J. K.: *Letters to Kennedy*. Edited by James Goodman. Cambridge (Mass.). 1998, p. 125. El 22 de noviembre estaba almorzando en Newsweek, en Nueva York, con Arthur Schlesinger y Katharine Graham. Al día siguiente despachaba ya con el presidente Johnson, *vid.* GALBRAITH, J. K.: *A Life in Our Times. Memoirs*. Boston. 1981, p. 445.

Revista Aequitas, número 9, 2017

ISSN 2174-9493

desperdiciar ni un instante de ella¹⁸. La desidia y la abulia eran un auténtico atentado contra la verdad y la belleza de la vida, además de una genuina lástima. Y éstos siguen siendo, medio siglo después de su asesinato siniestro, hace medio siglo, los mejores legados del testimonio de John Kennedy, el político, el líder, el ciudadano, y el católico. Del hombre que continúa fijando los recuerdos de varias generaciones que recuerdan dónde-estaban-cuando-mataron-a-Kennedy. T. E. Lawrence, más conocido como "Lawrence de Arabia", decía que "todos los hombres sueñan, aunque no del mismo modo". John Kennedy consiguió que, durante mil días, todos los hombres soñaran, al menos, al mismo tiempo.

¹⁸ SORENSEN, T. C.: *Kennedy*. New York. 1965, p. 747.